

Se habian quedado con el mate en la mano y la paba en la otra, pendiente de la entusiasta palabra de su amigo.

—Yo no sabia que se podia querer así, dijo. ¡La pucha, que es lindo sentir todas esas cosas que usted dice, hermano! La primera mujer linda que caiga al pago, aunque sea la del mismo gobierno, la enamoro y le pido que me haga vivir un poco de esa vida en que nunca se muere!

Vega sonrió ante la inocencia de su amigo. Era un espíritu superior y artístico encerrado en el cuerpo de un gaucho, y la misma inocencia de Carmona, destituida de toda malicia, tenía para él su encanto.

Comprendía y apreciaba las hermosas prendas del corazón de su amigo y disculpaba y discutía sus salidas de tono con una bondad fraternal.

El payador apartó la mirada de la pieza de doña Dolores, y la fijó en el fogón donde la noche anterior habia quedado la Benita.

Su frente se oscureció entonces y de su mirada se borró aquel brillo de pasión que la iluminaba poco antes. Allí estaba la Benita con la cabeza agobiada como bajo el peso de una terrible desventura. De cuando en cuando alzaba la mirada, que tan pronto pasaba en la dirección en que se hallaba Santos Vega, tan pronto la dirigía llena de odio á la casa de Dolores.

—Es extraño el temor que me inspira esta mujer, dijo el payador á su amigo. Tengo corazón muy leal, y de repente se oprime como anunciándome una desgracia. ¡Está de Dios que nunca he de poder ser feliz sobre la tierra!

—En estos momentos, replicó Carmona, la Benita es muy capaz de armar algún escándalo; pero en cuanto esto se acabe y se vaya, poco ó nada podrá hacer. Dios lo quiera así!

Benita, entretanto, iba sintiendo crecer su odio por aquella mujer, que en un momento le habia arrebatado toda su felicidad, al robarle el amor de aquel hombre. No abandonaba un instante sus planes de venganza, y deseaba ardientemente, para poder cumplirla, que creciera la pasión que la dominaba.

De pronto, y ya muy avanzada la mañana, las habitaciones de don Ramon se abrieron, y empezaron á salir todos los puebleros á respirar el aire delicioso de aquella espléndida mañana. Entre ellos salía doña Dolores, cada vez más bañada en la majestad escultural de sus irreprochables formas.

Todos se detuvieron á contemplar con mirada curiosa el paisaje original que presentaba la estancia con sus cien fogones, ofreciendo cada uno de ellos un grupo diverso y un cuadro distinto.

Aquí estaban los haraganes tomando un mate entre los últimos bostezos del pasado sueño; allí los jugadores de taba engolfados en su partida, y más allá los bebedores, reunidos alrededor de los cadáveres de los medios frascos que habian escudrido con sin igual maestría.

La mirada de doña Dolores vagó por todos ellos como buscando un punto de reposo, hasta que se detuvo allí donde estaba Carmona y Santos Vega, que se sacó el sombrero con ese respetuoso recogimiento del que penetra á un templo.

Dolores sonrió y contestó con un movimiento de su mano aristocrática al saludo del paisano. Dos miradas se hallaban entonces fijadas en ella: la mirada apasionada y ardiente del pai-